

DOMINGO
DE SEXAGESIMA.

EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS,
cap. II. v. 19. 33. y cap. 12. v. 1. 9.

Hermanos : De buena gana sufrís á los necios : siendo vosotros sabios : Porque sufrís á quien os pone en servidumbre , á quien os devora , á quien de vosotros toma , á quien se ensalza , á quien os hiere en la cara . Lo digo quanto á la afrenta , como si nosotros hubiésemos flaqueado en esta parte . En lo que otro tiene osadía , hablo con imprudencia , tambien yo la tengo : Son Hebréos , yo tambien : Son Israelitas , yo tambien : Son linage de Abraham , tambien yo : Son Ministros de Christo , hablo como ménos sabio , yo mas : en mayores trabajos , en cárceles mas : en azotes sin medida , en riesgos de muerte muchas

veces . De los Judíos he recibido cinco quarentenas de azotes , ménos uno . Tres veces fuí azotado con varas , una vez fuí apedreado , tres veces padecí naufragio , noche y dia estuve en lo profundo de la mar , en caminos muchas veces , en peligros de rios , en peligros de ladrones , en peligros de los de mi nacion , en peligros de los Gentiles , peligros en la Ciudad , peligros en el desierto , peligros en la mar , peligros de falsos hermanos : En trabajo y fatiga , en muchas vigiliass , en hambre y sed , en muchos ayunos , en frio y en desnudez , sin las cosas que son de fuera , mis ocurrencias urgentes de cada dia , la solitud , que tengo de todas las Iglesias . ¿ Quién enferma , y yo no enfermo ? ¿ Quién se escandaliza , y yo no me abraso ? Si es menester gloriarse : me gloriaré en la cosas , que son de mi flaqueza . El Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Christo , que es bendito en los siglos , sabe que no engaño . En Damasco el Gobernador de la provincia por el Rey Aretas , habia puesto guardas por la Ciudad ,

para prenderme: Y por una ventana me descolgaron por el muro en una espuerta; y así escapé de sus manos. Si es necesario gloriarse, lo que no conviene en verdad; vendré á las visiones, y á las revelaciones del Señor. Conozco á un hombre en Christo, que catorce años ha fué arrebatado: si fué en el cuerpo, no lo sé, ó si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, hasta el tercer cielo. Y conozco á este tal hombre, si fué en el cuerpo, ó fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe: Que fué arrebatado al Paraíso: y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar. De este tal me gloriaré: mas de mí no me gloriaré, sino en mis flaquezas. Porque aun quando me quisiere gloriar, no seré necio; porque diré verdad: mas dexo esto, para que ninguno piense de mí, fuera de lo que vé en mí, ú oye de mí. Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijon de mi carne, el Angel de Satanás, que me abofetea. Y por esto rogué al Señor tres ve-

ces, para que se apartase de mí: Y me dixo: Te basta mi gracia; porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por tanto de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Christo.

INSTRUCCION.

Si hubieramos, hermanos míos, de explicar con toda la extension que se requiere la Epístola de este dia, y deducir las grandes consecuencias que se contienen en ella para exemplo y aprovechamiento de los fieles, deberiamos emplear no un discurso, sino una serie continuada de instrucciones; pero precisados á contenernos en los estrechos límites que tenemos de costumbre, solo trataremos de aquellos puntos que nos parezcan mas esenciales para reformar nuestras costumbres, é instruirnos en las reglas de la caridad christiana.

Para esto seguiremos á la letra la relacion que hace el Apóstol de sus

trabajos y persecuciones, aprenderemos en ella que este es el camino de la salvacion, y veremos de la manera que le han andado Jesu-Christo y los Santos; pero al mismo tiempo daremos una ojeada sobre las humillaciones del Apóstol, para que se fortalezca nuestra humildad y resignacion en los trabajos que Dios nos envia. Empezaremos pues por el primer consejo que nos da en su Epístola, el qual es utilísimo en la mayor parte de las circunstancias de la vida.

De buena gana sufris á los necios siendo vosotros sabios. En estas palabras nos quiere dar á entender el Apóstol, que la mayor prueba de que los Christianos se conducen en todas sus acciones por la sabiduría que proviene de Dios, es la paciencia con que toleran las flaquezas de sus hermanos. Entónces no se constituyen por sus censores: ven interiormente sus defectos, los compadecen, y piden á Dios su correccion; pero en el exterior no manifiestan impaciencia alguna; y á ménos que por sus empleos tengan el especial encargo de dirigir y enseñar, guardan un profundo silencio sobre los abusos que no pueden contener. Si to-

dos aquellos que hacen profesion de Christianos hiciesen el uso correspondiente de esta máxima del Apóstol, bien pronto cesarian del todo las mentiras, los juicios temerarios, las murmuraciones y esos cuentos sazonados con el chiste; pero muy perjudiciales á la estimacion del próximo.

La segunda máxima es de un uso mucho mas general, y merece singular atencion. El Apóstol para destruir la opinion que usurpan en el Pueblo los envidiosos de su Apostolado, describe por menor sus qualidades, sus títulos, sus virtudes y trabajos. Son Hebreos, yo tambien; son Israelitas, yo tambien; son linage de Abraham, tambien yo. Son ministros de Christo, hablo como ménos sabio, yo mas. ¿Qué consecuencia deduciremos, hermanos míos, de estas palabras? ¿Acaso qué es lícito hablar con ventaja de nosotros mismos en todo tiempo, en todas circunstancias, siempre que no se falte á la verdad? ¿Adónde estaria entónces la humildad christiana? Hermanos míos, esta humildad se conserva quando observamos exáctamente las reglas que prescribe el Apóstol.

Primera regla. No hablar nunca de nosotros mismos sin necesidad. Para que el Apóstol hablase, fué preciso que la Iglesia de Corinto se lo pidiese: el objeto de su carta se dirige á disipar un escándalo, y el testimonio que se da á sí mismo es muy esencial para contrabalancear las obras de los falsos hermanos que perturbaban la Iglesia naciente.

La segunda regla es, que siempre se hable con verdad. San Pablo no cita sino hechos bien conocidos, y de los quales habia sido testigo toda la Iglesia; y si alega algunos de prueba difícil, lo hace con toda aquella precaucion, y reserva necesaria, para no dexar expuesta la verdad de su testimonio.

Tercera regla. No desconocer jamas, ni el origen del bien que está en nosotros mismos, ni las debilidades de nuestro corazon. El Apóstol confiesa en este lugar cosas capaces de llenar de confusion á un Ministro de Jesu-Christo: me ha sido dado, dice, un aguijon de mi carne: el Angel de Satanás que me abofeteó. Pero esta confesion se dirige á modificar en los Co-

rinthios la idea que pudieran tener de sus virtudes y de su mérito, porque se cree mas obligado á edificar con la humildad, que á persuadir é imprimir los prodigios de su Apostolado. No son estas las reglas, hermanos míos, que dirigen vuestras acciones y palabras. Algunas veces hablais de vosotros mismos, pero de un modo poco conforme á la humildad y á la verdad. No hablo con los pecadores escandalosos, los quales pocas veces pueden hablar de sí sin despertar la memoria de sus escándalos: hablo con aquellos que hacen profesion de vivir en una continua vigilancia, y de practicar las virtudes: estos suelen valerse de las ocasiones que se presentan para que recaigan las conversaciones sobre sí mismos, con el fin de alabar sus disposiciones y sus obras, y compararlas con las de su hermano. ¿Podremos decir que en estas ocasiones se observan las reglas de la caridad, de la justicia y de la humildad? De ninguna manera: en estas ocasiones se peca contra la caridad, porque se habla con descrédito del próximo: se peca contra la justicia, porque se alaban los vicios: se peca contra la verdad, por-

que se alteran los hechos, y se ocultan las intenciones con que se obra. ¿Y cuál será la suerte de la humildad en este caso? La depresion del próximo, las alabanzas propias, la alteracion de los hechos no nacen del orgullo, y de una elacion de espíritu, que nos hace superiores á todos los hombres? Christianos, si todos vuestros pensamientos fuesen de agradar al Señor, callariais vuestras virtudes, y llorariais vuestros defectos.

Tercera máxima. La vida del Christiano es una prenda para las persecuciones y los trabajos. Ya veis, hermanos míos, lo que el Apóstol tuvo que padecer para darnos la fe. Es verdad que somos los hijos de su dolor; pero cada Christiano está obligado para consumir la obra de su propia santificacion á sufrir en parte lo que él sufrió para consumir la obra de la conversion de los Gentiles. Los desprecios, las contradicciones y los trabajos deben considerarse como otras tantas porciones de la herencia de nuestros padres en la fe. Un Christiano solo en este caso tiene derecho á tan augusto nombre; y como dice uno de los Mártires

de nuestra Religion, no debemos considerarnos como discípulos de Jesu-Christo, sino quando hemos empezado á sufrir alguna cosa por él: entónces si por una parte hay aflicciones, resultan tambien muchos consuelos. Aquel Señor que consuela al Apóstol de las naciones en todos sus combates, y que suaviza sus trabajos, que le libra de la prision, que le preserva de la muerte, que sostiene y fortalece su cuerpo en los azotes, que le defiende de las piedras, que le saca del peligro, de los naufragios, y le da valor para salir del fondo del abismo; este Señor es el testigo de nuestras aflicciones, y siempre consuela al que padece con sumision y paciencia. Así vemos, que para sostener y animar á su Apóstol, le revela secretos de que al hombre no le es lícito hablar, y le arrebató hasta la mansion de su gloria, para embriagarle con las delicias de la eternidad. El Christiano paciente tiene en sí mismo la prueba de la misericordia divina. Quando se encuentra mas afligido, le habla Dios en un lenguaje de paz, y le hace traslucir el premio de su combate, y el consuelo

de sus trabajos y aflicciones : entónces exclama con el Apóstol : quando estoy enfermo, soy mas fuerte en aquel que es mi esperanza y mi fuerza.

Quarta máxima. La caridad nos hace tomar interes en las necesidades de nuestros hermanos. ¿Quién enferma, dice el Apóstol, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? ¡ Oh , qué palabras tan dignas de un Pastor que se hace todo para todos , y que tiene en su corazon esa multitud innumerable de pueblos , que habia ganado para Jesu-Christo ! Hermanos míos , rogad á Dios que tengan iguales sentimientos todos aquellos á quienes está encargada vuestra instruccion y enseñanza ; pero no por esto dexéis de rogar por el comun de los Christianos. Cada uno en particular tiene la obligacion de tomar una parte en las flaquezas de su próximo , y de evitar el escándalo que puede perderle. ¿ Merecerán acaso el nombre de Christianos esos corazones inhumanos y duros , incapaces de moverse por las mayores miserias ; que viendo á sus próximos sumergidos en el llanto y en el dolor , no les alargan una mano de

socorro , y que viven tan tranquilos en los tiempos calamitosos como en los felices? ¡ Ah ! si alguna cosa los entristece es la importunidad del pobre , y la necesidad en que se hallan de hacer algunas limosnas solamente por el bien parecer , ó por respetos humanos ; pero entretanto vereis con que indiferencia dexan perecer y morir á su vista á un criado que ha perdido la salud en su servicio: jamas les oireis preguntar , si en su pueblo , ó en su barrio hay alguna miseria , y Lázaro suspiraria inutilmente por las migajas de su mesa. Un caballo , un perro , una mula de su casa encontrarán con abundancia , y aun con superfluidad , lo que su corazon sanguinario rehusa á sus semejantes. No penseis , hermanos míos , que esto sea alguna exágeracion. ¡ Ojalá que la experiencia no nos hiciese conocer estos males ! Depositarios por nuestro estado de las quejas de los pobres , vemos con dolor que el espectáculo de la insensibilidad del rico hace su miseria infinitamente mas pesada. Pero sin embargo , serviremos de órganos de estos infelices para solicitar el socorro que se les niega con tanta cruel-

dad. Yo quisiera, hermanos míos, que estas solicitudes tuviesen favorable acogida; pero las puertas de los grandes y de los poderosos están casi siempre cerradas para nosotros; y si alguna vez nos dan entrada, el ayre mismo con que se presentan, y sus palabras hinchadas y orgullosas nos apaga el poco aliento que tendríamos para solicitar el socorro de algun padre rodeado de hijos, de alguna viuda infeliz, y de tantos otros que se ven la mayor parte del año sin tener un pedazo de pan que llevar á su boca. ¿Pero á quién hablo yo de esta manera? ¿Acaso me están oyendo los ricos y los grandes que viven en esta parroquia? ¿No los vemos entretanto metidos en los placeres, embriagados en esas mesas que abastece la gula con tanta abundancia? Hermanos míos, lo conozco todo; pero permitidme que desahogue mi corazón de esta manera. No intento convertir á los ricos con esta exhortacion; lo que quiero es fortalecer á vosotros contra semejantes escándalos.

Hay otra obligacion que segun la caridad nos prescribe el Apóstol, y es

el zelo de los desórdenes que seducen á los débiles. ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? Este es un zelo que debe combatir los vicios, remediar los males, contenerlos, sufrir y llorar los que sean inevitables, enseñar á los que no saben, y socorrer á los débiles en todos los peligros á que viven expuestos por su ceguedad y debilidad; pero este zelo debe ejercitarse siempre con mucha suavidad y prudencia para no exasperar los ánimos, como sucede con un zelo indiscreto, y poco comedido, que regularmente pierde mas que gana.

Quinta máxima. Oracion y confianza en Dios. La oracion debe ser humilde, porque quien ruega, reconoce su flaqueza, y no se confía ni sobre la certidumbre de su vocacion, ni sobre la importancia de su mision, ni sobre la grandeza de sus trabajos, ni sobre la excelencia de sus conocimientos ni revelaciones. Para que esto no me ensalce, decia el Apóstol, me ha sido dado el Angel de Satanás.

Ha de ser tambien la oracion fervorosa, porque no sabemos si Dios calla por un efecto de su justicia, si quie-

re experimentar nuestra fidelidad con las aflicciones y los trabajos que padecemos, y si para asegurar mejor el buen uso de sus gracias, quiere que conozcamos todo el precio de ellas antes de conseguirlas. Por esto dice el Apóstol: rogué al Señor tres veces. Finalmente ha de ser la oración eficaz, porque si no conseguimos las gracias que imploramos, á lo ménos nos traerá el consuelo y la paz del espíritu; y si no nos libra de un enemigo importuno, que está solicitando continuamente nuestra perdicion, á lo ménos podemos estar seguros de que un Dios todo poderoso tome nuestra defensa. Te basta mi gracia, le dixo el Señor á San Pablo.

Hermanos míos, roguemos siempre con estas disposiciones, y veremos como San Pablo dice de sí mismo, que la virtud se perfecciona en la enfermedad: entónçes haremos consistir toda nuestra gloria, no en las virtudes, no en los méritos, no en los talentos, no en los bienes y los títulos pomposos, sino en las humillaciones y los trabajos; y la gracia de Jesu-Christo residirá en nos otros para que obremos el

bien en el tiempo, y aseguremos la bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 8. v. 4. 15.

En aquel tiempo: Como hubiese concurrido un crecido número del Pueblo, y acudiesen solícitos á él de las Ciudades, les dixo por semejanza: Un hombre salió á sembrar su simiente: y al sembrarla, una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre piedra: y quando fué nacida, se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas, que nacieron con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra: y nació, y dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, comenzó á decir en alta voz: Quien tiene orejas de oír, oya. Sus Discípulos le preguntaban, qué parábola era esta. El les dixo: á vosotros es dado saber el mysterio del Reyno de Dios, mas á los otros por parábolas: para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Es,

pues, esta parábola: La simiente es la palabra de Dios. Y los que junto al camino, son aquellos que la oyen; mas luego viene el Diablo, y quita la palabra del corazón de ellos, porque no se salven creyendo. Mas los que sobre la piedra: son los que reciben con gozo la palabra, quando la oyeron: y estos no tienen raíces: porque á tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás. Y la que cayó entre espinas: estos son, los que la oyeron, pero despues en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, y de las riquezas, y deleytes de esta vida, y no llevan fruto. Mas la que cayó en buena tierra: estos son, los que oyeron la palabra con corazón bueno y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia.

INSTRUCCION.

Hoy habla Jesu-Christo, hermanos míos, al pueblo sobre la palabra de Dios, y le pone delante las causas que impiden su acrecentamiento; y como estas causas crecen, y se multiplican

todos los días, tenemos siempre nueva ocasión de estudiarlas y hacerlas conocer. Sé muy bien que en el ánimo de muchos de mis oyentes será esta instrucción tan inútil como todas las demás que han oído acerca de otras importantes verdades, porque subsistirán las mismas causas que las han inutilizado; pero sin embargo, cumpliendo con la obligación que me impone mi alto ministerio, dirigiré este discurso á enseñar á todos el respeto, la atención, y la docilidad que deben tener á la palabra de su Dios. No es el interés quien nos hace hablar á sus Ministros como se dice, por los malvados seductores de la inocencia. Jesu-Christo mismo es el que en este Evangelio nos habla, proponiendo una parábola, de cuya explicación vamos á sacar grandes utilidades. Nada diremos de nosotros mismos: lo que importa es, que por vuestra parte no se oponga obstáculo alguno al fruto que debe producir esta instrucción. Dios mío, preparad la tierra, regadla en la sequedad, arrancad las espinas, limpiadla bien de todas las yerbas y malas semillas que pueden dañar el buen grano; en una palabra,

concededla esa feliz fecundidad que da ciento por uno. Prestadme, hermanos míos, vuestra atención, y seguidme en la simple exposición de este Evangelio.

Un hombre salió á sembrar su simiente. Estas primeras palabras del Santo Evangelio nos dan á conocer que Dios da siempre los primeros pasos, y que si se le corresponde con aquella fidelidad que exige su solicitud, veremos bien pronto establecido el Reyno de los Cielos en todos los corazones. ¿Pero habéis considerado alguna vez, hermanos míos, por qué la palabra de Dios se asemeja y compara á una semilla? ¿No podía Jesu-Christo emplear otra comparacion que hiciese conocer mejor el precio y los efectos de la palabra santa? ¡Ah! hermanos míos, quando el Señor habla, nos conviene escucharle y callar, persuadidos á que todo lo dispone con tanta fuerza y energía, como dulzura y mansedumbre.

La prodigiosa fecundidad de la semilla en una tierra fértil, y su fatal esterilidad en otra, nos hacen conocer que la palabra santa es el manantial de todas las buenas obras en el Chris-

tiano dócil, y el principio de la reprobacion en el Cristiano infiel: toda la diferencia consiste, pues, en la qualidad de la tierra donde se siembra, como se reconoce en el Evangelio. Una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo: otra cayó sobre piedra, y quando fué nacida se secó, porque no tenia humedad: otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella la ahogaron: y otra cayó en buena tierra, y nació, y dió fruto á ciento por uno.

¡Qué triste es, hermanos míos, la primera reflexión que presenta esta parábola á los Ministros encargados de la salvacion de las almas! Tres veces se pierde la semilla, y una sola fructifica: pero sin embargo no quiere Jesu-Christo que aquellos que tienen el cargo de sembrarla se desalienten, pues que el dueño del campo y de la semilla tiene tanta paciencia para tolerar esta esterilidad; pero quiere que quando se cultiva la tierra mas ingrata, y ménos fecunda, pongamos toda la diligencia posible para que lleve frutos sazonados en su tiempo.

Jesu-Christo guardó un silencio pro-

fundo luego que propuso esta parábola al pueblo, y fué necesario que los Apóstoles se lo pidiesen para que se la explicase. Esto nos prueba, hermanos míos, que Dios no debe á nadie las gracias, de qualquier naturaleza que sean, aun las esenciales á nuestra salvacion; sino que las concede ordinariamente, según el orden de su misericordia y de su justicia. El reconocimiento, la fidelidad, y un santo deseo es lo que únicamente le interesa y le mueve: así nunca niega lo que se le pide con humildad y con fé; y considerando Jesu-Christo que hay muchos que oyen las verdades de la salvacion por costumbre, ó por respetos humanos, dixo: Quien tiene orejas de oír oyga. Todos en efecto tienen oídos, pero no estan igualmente dispuestos para escuchar y oír. Quando la ignorancia los cierra, y el orgullo los seduce y engaña, entónces no oyen otras verdades que aquellas que no se oponen á sus pasiones: de aquí nace, hermanos míos, que sin embargo de que procuramos proporcionar nuestras instrucciones á la capacidad de cada uno, no nos oyen todos los que nos escu-

chan, porque no quieren oír sino lo que lisongea y agrada á su amor propio. ¡Qué pocos hay entre tantos á quienes podamos decir lo que Jesu-Christo á sus Apóstoles: á vosotros es dado saber el misterio del Reyno de Dios! como si les dixese: los Reyes, los grandes, y los poderosos del siglo han deseado ver lo que veis, y no lo han visto; oír lo que oís, y no lo han oído; pero á vosotros y á todos los que imiten vuestra humildad, será dado conocer los misterios del Reyno de Dios. La humildad, hermanos míos, es la que abre el corazón, y prepara el espíritu para oír la palabra santa. ¿Pero qué es lo que hace el orgullo? Las palabras siguientes pintan con vivos colores el vicio dominante del hombre, y la desgracia particular de nuestro siglo. Mas á los otros, dice Jesu-Christo, se les habla por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. De aquí nacen sin duda tantas disputas imprudentes y temerarias sobre la religion: tantos nuevos sistemas, tan oscuros y desconocidos como sus autores mismos: tantos principios que no tienen otro fun-

damento que la ligereza del espíritu que los concibe. Por estos medios se introduce insensiblemente entre nosotros el uso pernicioso de dudar de todo, y de no creer sino lo que conviene al capricho, ó al interes: en una palabra se levantan de este abismo grandes y espesas tinieblas, pero muy peligrosas, para que se verifique el dicho de Jesu-Christo, que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¿Será posible que no confiesen su ignorancia y sus tinieblas esos hombres ciegos y temerarios que piensan verlo y comprehenderlo todo, y que con unos muy escasos y superficiales conocimientos de la religion y de la naturaleza se atreven á discursar sobre los misterios mas elevados y profundos de la religion? ¿Esos filósofos no conocen que el desorden de su vida y la corrupcion de su corazon estan deshonorando sus despreciables sentencias, sus pomposas máximas? Es verdad que en este siglo se estudia mucho para combatirlos: que muchos Ministros ilustrados contradicen en las cátedras christianas sus sistemas, y que otros mas sólidos se dedican á demostrar la contradiccion de sus principios.

¿Pero merecen acaso tanta atencion esos pretendidos espíritus fuertes? Refutándose y destruyéndose por sí mismos todos sus absurdos sistemas, deberémos emplear el tiempo que se necesita para instruir á los buenos Christianos en combatirlos? ¿El dicho de Jesu-Christo no es suficiente para acallarlos? Todo en efecto es parábola y misterio para ellos, á fin de que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Sé muy bien, hermanos míos, que no reyna entre vosotros el vicio de la incredulidad, y que por lo mismo puedo decir al mayor número de mis oyentes, que á ellos es dado saber el misterio del Reyno de Dios. Pero sin embargo debeis estar muy atentos á recibir con respeto y atencion la palabra divina. Tened presente que una parte de la simiente cayó junto al camino y fué hollada, y la comieron las aves del Cielo. El Demonio que tiene un secreto interes en que la buena semilla no fructifique en nosotros, trabaja quanto puede para borrar las impresiones que hace, con otras impresiones contrarias. Un corazon que la recibe con docilidad, que la medita con aten-

cion, y que la conserva con amor, no pierde con facilidad sus preciosos efectos. Pero si no estais alerta contra las máximas seductoras del mundo, vereis qué pronto se pierde esta útil semilla, porque los páxaros vendrán á comerla. El camino del siglo está, hermanos míos, muy trillado, y corre grande riesgo un corazon que se alimenta con la palabra de Dios, si no vive con precaucion y con vigilancia. ¡Quántos jóvenes criados segun las máximas del Evangelio, y en cuyo corazon se ha sembrado la semilla de una educacion toda christiana, desvanecen á los primeros pasos las esperanzas que prometian! Padres y madres, yo quisiera que vuestros hijos se alejasen enteramente del camino peligroso; pero como sus negocios particulares, y sus obligaciones se lo estorban con mucha frecuencia, tenéis la estrecha obligacion de introducirlos otra vez á él, de no perderlos nunca de vista, de advertirles, que no pueden vencer al mundo, mientras que no conserven las máximas christianas, y que conservándolas vencerán los artificios de Satanás, y substirá en sus corazon el fruto de la palabra santa. No

es ésta, sin embargo, la única leccion que debéis darles: la simiente cae algunas veces sobre piedra, y se seca quando nacida, porque no tiene humedad. La palabra de Dios produce los mismos efectos. Hay muchos que la reciben con gozo, y despues se entregan á los peligros de las tentaciones. Importa poco que crean por un tiempo si al primer escollo que el enemigo les prepara, abandonan las verdades que han oido. Este es un defecto particular de ciertos hombres que no saben que uno de los caracteres esenciales de la Religion es la firmeza, la qual está muy cerca de perderse quando se corre á qualquier viento de doctrina. Las verdades de la salvacion son siempre de la misma evidencia, y merecen de nuestra parte la misma docilidad y respeto: una impresion pasajera ántes bien es una prueba de nuestra debilidad, que un testimonio de nuestra sumision á la voz de Dios. Sin embargo este es un defecto muy comun. Algunas veces salen los fieles de ciertas instrucciones muy contritos y convencidos de las verdades que han oido. Los elogios que dan á los oradores sagrados, las resolu-

ciones, y las promesas que forman convencidos de sus discursos, y de la uncion de sus palabras, prueban que han creído por un tiempo; pero el poco ó ningun efecto que han producido estas verdades en la correccion de sus costumbres, la oposicion que manifiestan á la práctica de las virtudes que por otra parte admiran y desean, prueba bien la poca firmeza de su fe. Las excusas de la violencia de las tentaciones, y del peligro de las ocasiones á que se ven expuestos, solo sirven para verificar el oráculo de Jesu-Christo: á tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion vuelven atras. ¿Pero si estos Christianos son dignos de compasion, lo serán ménos los que se dexan seducir por los placeres del siglo, y oprimir por los cuidados y solitudes temporales? La parte de la simiente que cayó entre espinas, nos representa esos Christianos disipados en los negocios, ó en los placeres de la vida, que aunque oyen la palabra santa, se queda sin embargo ahogada entre las riquezas y los deleytes, y no llevan fruto alguno. ¿Es posible que la palabra de Dios se vea sofocada por los placeres

de los sentidos? ¿Tan poca es su fuerza que no puede vencer á un corazon entregado al deleyte para que se aficiona á la santa severidad del Evangelio? ¿Qué oposicion, hermanos míos, entre la vida seria, la vigilancia exácta, la desconfianza continua, y la alegría, la indiscrecion, y la locura de la mayor parte de los Christianos! ¿Qué contraste tan prodigioso entre el gusto de la penitencia y de la mortificacion que reyna en la moral de Jesu-Christo, y el amor de los goces, y las comodidades que inspira el comercio del mundo! Que aquel que solo encuentra sus delicias en la tierra, haga de este mundo su patria, y que nunca oyga hablar de la patria celestial, sino con indiferencia y con frialdad, procede muy conforme á sus principios. Pero hay una suerte de Christianos, á quienes veo muy ocupados en bien de la sociedad, y que yo compadezco sobre manera. Estos son aquellos que, metidos en los negocios temporales, nunca encuentran un momento que dedicar á las obras de la religion: regularmente ocupan su tiempo en el dempeño de sus obligaciones, y se niegan siempre á los placeres

res: sus hijos merecen toda su atención, y reciben una educación sólida: llenos de probidad, de fidelidad y de rectitud, son amigos generosos, fieles ciudadanos, padres tiernos, y buenos esposos; pero sin embargo malos Christianos, no porque ignoren las verdades de la salvación, sino porque no tienen tiempo de meditarlas. Si el interés de su alma les moviese tan sensiblemente como las necesidades temporales, serian religiosos y devotos; pero como no pueden ocuparse á un tiempo en dos objetos, se dexan llevar por inclinacion y por gusto ácia el que les puede proporcionar su adelantamiento y su fortuna, y no piensan en otra cosa que en los afanes y deleytes de la vida. No podremos decir, hermanos míos, á estos Christianos, lo que Jesu-Christo decia á una de las hermanas de Lázaro: os inquietais acerca de muchas cosas, y os consumis en una multitud de negocios que os alejan del que debe mereceros toda vuestra atención y cuidado? Estos corazones entregados así á las tentaciones, á los placeres, y á los negocios, no son á propósito de modo alguno para que nazca y dé fru-

to la palabra santa; pero por desgracia la mayor parte de los Christianos viven de esta manera. Sin embargo, hay muchos en quienes fructifica la palabra de Dios, y son los que oyéndola con corazon bueno, y muy sano la retienen, y llevan fruto en paciencia.

En estas dos últimas palabras de nuestro Evangelio se contiene quanto puede decirse de la palabra de Dios, y se ven las disposiciones esenciales, con las cuales no podrá ménos de fructificar, y sin las que será siempre estéril: á saber, un corazon bueno, que se prepare para recibirla con docilidad: un corazon sano, que haga de ella una justa aplicación, sin alterar su sentido, ni eludir sus advertencias: oídos atentos que se impongan la obligacion de abrirse, siempre que se les anuncie, y se persuadan de que escuchándola frecuentemente, encontrarán la facilidad de comprehenderla: un espíritu que se dedique á retenerla, y que meditándola con cuidado, procure grabarla en su memoria, y conservar el amor á las verdades que ha oido; y finalmente, una alma que con paciencia espere los efectos, porque no siempre fructifica

en el primer instante. Si vosotros, hermanos míos, observaseis con fidelidad estas condiciones, seriais muy sabios en el camino de la salvacion. ¡Qué consuelo tan dulce para nuestro ministerio si pudiesemos conseguir esta gracia!

Dios mio, nos la pedimos para vuestro pueblo llenos de confianza: preparad vos mismo la tierra de nuestro corazon: envid siervos llenos de vuestro espíritu para sembrar la semilla: regadla sin cesar con vuestra gracia, haced que nazca, que fructifique, y que multiplique, á fin de que los frutos sean dignos de estar en vuestra presencia en los tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO
DE QUINQUAGÉSIMA.
EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS.
cap. 13. v. 1. 13.

Hermanos: Si yo hablara lenguas de hombres y de Angeles, y no tuviere châridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe. Y si tuviere prophecía, y supiere todos los mysterios, y quanto se puede saber: y si tuviese toda la fé, de manera que traspasase los montes, y no tuviere châridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere châridad, nada me aprovecha. La châridad es paciente, es benigna: la châridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de